

Libertad de canción bajo la lluvia. Cuentos

Alberto Duque López

(Barranquilla, 1943-2010)

Escritor de cuentos y novelas, su producción literaria creció en paralelo con el ejercicio de la crítica cinematográfica, el periodismo y sus incursiones como guionista y director de cortometrajes. En 1968 obtuvo el Premio Esso de Novela con *Nueva historia de Mateo el flautista*. Luego publicó las novelas *Mi revólver es más largo que el tuyo* (Colcultura, 1977, reeditada en 2008 por Pijao Editores y Caza de Libros), *El pez en el espejo* (Planeta, 1984), *Alejandra* (Planeta, 1988), *Muriel, mi amor* (Premio de la Bienal de Novela José Eustasio Rivera, Intermedio, 1995) y *Ni siquiera la lluvia* (Ediciones Gaviota, 2008). También publicó los libros de periodismo *Colombia, país de flores* y *Por nuestros niños*, así como la biografía *Marlon Brando: escándalo y mito* (Panamericana, 2004). Recibió el Premio Nacional de Periodismo en dos ocasiones y una beca del Writers Workshop en Iowa. Fue, además, jurado en varios festivales internacionales de cine.

Libertad de canción bajo la lluvia. Cuentos

Alberto Duque López

Compilación y prólogo de
Adriana Rodríguez Peña



UNIVERSIDAD
CENTRAL



UNIVERSIDAD
CENTRAL

Esta es una publicación del Departamento de Creación Literaria de la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte.

Nina Alejandra Cabra Ayala

Decana

Aleyda Gutiérrez Mavesoy

Directora del Departamento de Creación Literaria

ISBN (PDF): 978-958-26-0463-9

ISBN (impreso): 978-958-26-0462-2

Primera edición: 2020

- © Alberto Duque López
- © De la compilación y prólogo: Adriana Rodríguez Peña
- © Ediciones Universidad Central
Calle 21 n.º 5-84 (4.º piso), Bogotá, D. C., Colombia
PBX: 323 98 68, ext. 1556
editorial@ucentral.edu.co

Catalogación en la Publicación Universidad Central

Duque López, Alberto, 1943-2010, autor.

Libertad de canción bajo la lluvia : cuentos / Alberto Duque López ; compilación y prólogo de Adriana Rodríguez Peña ; epílogo Roberto Burgos Cantor -- Primera edición -- Bogotá : Ediciones Universidad Central, 2020.

1 **recurso en línea** (108 páginas).

Incluye referencias bibliográficas.

ISBN: 978-958-26-0463-9 (PDF)

ISBN: 978-958-26-0462-2 (Impreso)

1. Cuentos colombianos - Siglo XX 2. Literatura colombiana - Siglo XX 3. Autores colombianos - Siglo XX I.

Rodríguez Peña, Adriana, compiladora, prologuista II. Burgos Cantor, Roberto, 1948-2018, epílogo III.

Universidad Central (Bogotá, Colombia). Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte. Departamento de Creación Literaria.

860 - dc23

PTBUC/17-03-2020

Preparación editorial

Dirección: Héctor Sanabria Rivera
Coordinación: Nicolás Rojas Sierra
Diseño y diagramación: Mónica Cabiativa Daza
Cuidado de los textos: Diana Trujillo Rodríguez
Imagen de cubierta: Brujas (Bélgica). Dominio público.

Publicado en Colombia - *Published in Colombia*

Prohibida la reproducción o transformación total o parcial de este material por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Perdóname, Paloma, no lo volveremos a hacer

Para Alix

«... de tanto repetirlo, los recuerdos se me han ido gastando.

A veces encontrábamos nuestro sitio favorito, tibio, accesible, cómodo, en la fila quince, del lado derecho, junto a un extinguidor gordo pintado de naranja. Tú me decías, Paloma, que era naranja. Yo solo recuerdo que una vez tropecé con él, que me pegué en la cabeza, que me dolió, que después el ardor me quedó como agujas que no me dejaban.

Pero otras veces el sitio ya estaba ocupado.

Entonces tú que pasabas, por delante de ellos, los invasores, los mirabas, yo sentía que los mirabas, recuerdo que tosías, que arrastrabas los pies, recuerdo tus zapatitos de tacón playa haciendo tas tas sobre el piso de madera que olía siempre a desinfectante con aroma de pino.

Ves, que de tanto manosearlo, amasarlo como si fuera una bolita oscura de pan, el recuerdo se me ha reducido, todo, Paloma.

Llegábamos temprano, tú me cogías de la mano, ponías una cara así de seriedad, oía mientras hacíamos cola que alguien

contaba la película y una vez, Paloma, alguien dijo algo sobre ese señor que está ahí, míralo, con sus anteojos oscuros y su bastón blanco.

Ves, Paloma, la gente.

Era un rito de todas las tardes, cuando sentíamos que el periódico pasaba por debajo de la puerta raspando el piso, rozándolo con un ruidito de patas de pajarito enjaulado, tú eras una paloma enjaulada, amor, el ruidito sordo que sobresalía, que sobrevivía al picoteo de las gallinas en el corredor, al aleteo de los azulejos en sus jaulas, al toc toc de mi bastón sobre las baldosas. Ibas, Paloma, te movías hasta la puerta. Cogías la hoja de atrás y dejabas un reguero de páginas que nunca leeríamos y comenzabas a decirme lo que todas las tardes, con lluvia o con sol, con frío o con calor, antes de la taza de manzanilla, mucho antes de las papitas fritas y la barrita de chocolate, Paloma, lo que todos los días ansiábamos saber.

Entonces, tu voz, alimentada cada tarde, apoyada, lanzada, robustecida con la historia de Tony Arzenta que le matan la mujer y el hijo y él que se dedica a matarlos uno a uno, me decías, ahora él tiene un gesto en la cara como presintiendo algo, ahora como oyes que el carro donde están la mujer y el hijo que acaba de explotar y él, como oyes, está gritando, está bajando las escaleras, la gente en la calle que mira el humo que sale del carro que quedó hecho migas, me decías.

Migas, una de tus palabras favoritas, la tengo guardada aquí, al alcance de la mano, al alcance del corazón, en una cajita de fósforos intocada.

Tu voz repasando las letras del periódico, anticipando la eficacia y el atractivo de las posibles historias, la euforia de descubrir

con un grito, una palmada y un chillido que una película perdida varios meses atrás porque no alcanzamos a coger cola temprano, la iban a poner de nuevo.

Entonces tú me decías; entonces tú me dejabas solo si se puede hablar de soledad a ese mundo que va más allá de mi ropa, mi piel, mis orejas paradas tratando de abarcarlo y suplirlo todo.

Me decías con voz bajita: escoge.

Y yo con el dedo adivinaba después de rastrear sobre la hoja del periódico, tocando la tinta seca:

—¿Esta?

—Es de vaqueros y al final Richard Widmark que se queda solo junto al tren y tiene que dejarse matar por los ojos negros de la muchacha.

—¿Y esta?

—Es con Alain Delon, que él es un abogado y conoce a esta muchacha y ella aparece desnuda, nada más con una cadenita en el ombligo, ves, que no debe ser buena.

—¿Y esta?

—Ya la vimos, la de Marlon Brando, que él es el jefe de una banda y recuerdas, la tonada que tú estabas repitiendo después, recuerdas, ta ta ta, ti ti ti, cuando te dije que se le casa una hija y al final que se forma una matanza horrible, que nos salimos porque me dio miedo.

—Tú escoge.

—Bueno.

Después la prisa.

El hacer las cosas más rápido, el repetirlas más pronto, el poner todo en orden, las sillas en su sitio y los platos en la cocina y mientras tú acababas de lavarlos, secarlos y colocarlos en la mesa

de nuevo, para el día siguiente, yo iba repasando con los dedos las jaulas, los pestillos, la tranca de la puerta del patio, los suiches de los focos que quedarán encendidos para cuando regresáramos no te confundieras en la oscuridad de la casa vacía, iba repasando los rincones en busca del gato para que se quedara en la cama, arropado, mientras regresábamos a compartir las cobijas con él, repasando los botones de la estufa para que no se saliera el gas, repasando las botellas y vasos en sus sitios para que no fueras a herirte cuando regresáramos a medianoche, muertos de frío, cansados de la espera de un taxi, molidos por la caminata mientras me llevabas de la mano para que no tropezara con los cubos de la basura regados en los andenes.

Después de ese inventario lleno de temblores y dudas, un poco de zozobra la alegría preocupada y egoísta de volver a salir, que nos íbamos caminando.

Saltabas.

Recuerdo que me tirabas de la mano porque ibas brincando en un solo pie, apoyada en mí, metiéndome prisa, diciéndome apúrate que llegamos tarde, apúrate que nos cogen nuestro sitio.

Mientras, paralela a la urgencia, yo hacía la reconstrucción reiterada de todas las tardes: las flores de la señora que tú me decías que era gorda y rubia, después la panadería, después el olor de la gasolina y los carros estacionados a lado y lado de los surtidores, después el almacén de telas y tu chillido cuando descubrías en la vitrina un nuevo estampado, unas nuevas listas, unos nuevos dibujos que querías para una bata-loca, después el puesto de periódicos y el carrito de helados y el vendedor de loterías que olía a aserrín, tú decías que no se bañaba para que la suerte no se le fuera, después la esquina para esperar el taxi cuando había que ir

hasta el centro o si quedaba cerca, seguíamos caminando, apurado por tu urgencia, acosado por tu impaciencia, a tu trote.

Sentía cuando llegábamos porque me apretabas la mano y después sentía la cola, la compra de las dos boletas y después la ansiada llegada al sitio acostumbrado, tibio y acogedor, junto al extinguidor naranja, esperando que apagaran las luces, esperando que comenzara la función de todos los días, nuestro diálogo sordo y clandestino, tratando de no molestar a los demás, tratando de no interrumpirles el goce de una matanza o la sorpresa de una cacería nocturna.

Ya tenías un susurro acostumbrado.

Ya teníamos una clave definida para alcanzar a captar la emoción de estas historias atrapadas con mis orejas y alimentadas con tus palabras.

Era lindo. No recuerdo cuándo comenzó todo, cuándo iniciamos este pacto que era algo más que ir cogidos de las manos o compartir un helado de chocolate o pelear para que no nos quitaran el sitio de siempre, que estaba al lado de un parlante, que estaba a quince hileras de la pantalla y desde el comienzo nos sentíamos estremecidos por las vibraciones de los balazos, los besos, los puños que a veces ahogaban tu explicación.

Cuando regresábamos, mientras el pícaro sueño llegaba, entonces hacíamos memoria de la película, la reconstruíamos, le buscábamos variaciones, la inventábamos a partir de tus recuerdos y los míos.

Mientras tú hacías unas tostadas, mientras yo buscaba tanteando la mantequilla y la mermelada, mientras prendíamos el radio en busca de música que nos sirviera de fondo a nuestro diálogo

acostumbrado, mientras todo se repetía mecánicamente y amorosamente, como si nunca fuera a acabarse.

Ahora eso lo recuerdo aquí, sentado en este parque, oyendo los gritos de los niños, amparado con mis lentes oscuros y mi bastón que sirve para espantar a los vendedores de lotería y cigarrillos, mientras en la banca del lado una señora le explica a otra persona para qué sirven los patos pintados de azul. El desmoronamiento comenzó a poco a poco.

Primero fue una tarde que te perdiste en la oscuridad del cine mientras yo hacía esfuerzos para comprender qué estaba pasando mientras la voz de Richard Burton le decía obscenidades a Elizabeth Taylor: la risa de la gente, los murmullos de los enamorados interrumpidos en sus besos por la violencia de la historia, la llegada constante de gente que se quedaba junto a uno, respirando fuerte mientras alguien hablaba del miedo y la soledad con el nombre de una novelista inglesa.

Cuando regresaste traías un olor nuevo en el pelo y las manos. No te dije nada porque apenas te sentaste, comenzaste a contarme lo que estaba pasando, que el Richard le había pegado tres cachetadas a la gorda de la mujer, que eran un matrimonio difícil, que ya no hacían el amor, que ella tenía el pelo corto, que él se tomaba una botella de brandy, que no se entendían, que seguían peleando mientras el idioma de ellos alcanzaba un tono áspero, desesperado.

Después fue la tarde de un sábado que yo sentí el periódico bajo la puerta: corríste a la sala y no me dijiste nada, yo tampoco hice referencia a ese acto furtivo pero estuve toda la tarde incómodo, como con una piedra en el zapato, esperando que dijeras algo, que me contaras por qué no querías acompañarme, que me dieras

una pista para entender esos pasos alrededor de mi mecedora, ese roce de los platos sobre el mantel, esa corriente de aire frío que estuvo entrando a la casa, que me erizó los pelos, que me encogió todo, que me puso triste. Pero ya pasó a la cajita de fósforos y lo tengo guardado.

Esa tarde me quedé solo mientras tú te ibas a la calle en busca de un sobre de sopa de fideos.

Te demoraste, Paloma, llegaste mucho después, cuando estaba cansado de la espera, cuando me había aprendido de nuevo el canto de los azulejos, cuando en la calle habían terminado los ruidos y yo había encendido los bombillos de la sala y el patio.

No te pedí que me siguieras acompañando.

Me iba tanteando con el bastón hasta el cine que quedaba a tres cuadras de la casa.

En la esquina alguien me ayudaba. Yo no pedía ayuda. Simplemente trataba de adivinar cuándo el faro estaba en rojo, cuándo los demás seguían de largo, cuándo se podía atravesar y entonces me bajaba del andén, pero siempre alguien me descubriría entre el humo y el frío, me agarraban del codo o del brazo, me preguntaban a dónde va señor y yo decía que voy a cine y sentía que se reían, ves, se reían pero me atravesaban y así seguía el camino.

Perdí el sitio favorito que fue nuestro durante tanto tiempo.

Me sentaba en las filas de atrás, sin el estremecimiento de los parlantes de la pantalla pero con la seguridad de encontrar siempre un puesto desocupado. Ya no me importaban las películas, ni me interesaban los temas, ni me acosaban los actores.

Una tarde, mojado, vacío, con una sensación de conejo con el hocico partido, con las manos entumecidas dentro de los bolsillos de la chaqueta, descubrí emocionado que estaban dando la película

de los boxeadores, recuerdas Paloma, la historia del boxeador que vive con una mujer pelirroja, que ella le hace el cuarto para que siga desintegrándose, que él está acabado, que le ponen mejicanos para que se rompan el hocico y los dientes, como a los conejos, que llega un muchacho que quiere ser campeón y cuando comienza la película que ya te comienza también el sufrimiento, que el otro tiene un preparador que confía en él porque lo quiere, descubrí en medio de la soledad de la sala, estaba casi vacía, Paloma, porque era una película que ya todos habían visto, me quedé ahí como si estuviera en una pecera sin un espejo que me duplicara, descubrí por la música, por el ruido de las cuerdas sobre el piso, por la voz de Susan Tyrrel, por los gemidos del hombre cuando le ponen yodo en las heridas, por las caricias rústicas que la mujer, mientras suelta otra botella vacía, le hace a ese cuerpo lleno de moretones y poros abiertos, tratando de rescatarlo para que siga hundándose.

Estuve sentado ahí, quieto, como metido en la zona de candelera, sumergido con mi aire de gato con pesadilla de valeriana, esperando que aparecieras en medio de esta gente que no sabía que *Fat City* era apenas una referencia y una clave. Después salí y me senté en la banca de este parque.

Recuerdo que me quedé dormido, recuerdo la sensación de la oscuridad que se apoderaba de estos caminitos llenos de piedrecitas, recuerdo que me tumbé en la banca, puse el bastón en el suelo, me guardé los anteojos en el bolsillo y me quedé dormido, con el otro sueño.

No sé si regresé a cine esta tarde, siento que he perdido el camino que me lleva a la casa y las jaulas de los azulejos y los bombillos encendidos en el patio.

Me gustaría volver a la casa y descubrir que tal vez tú estarás ahí, en mi mecedora, esperándome, con el periódico abierto sobre la falda, aguardando que yo con el dedo descubra el misterio de los títulos, el secreto de las historias. Aguardando mis pasos sobre el piso de madera hasta tus manos tu saludo con sabor a yerbabuena, tus palabras renovadas después de varios días, tus dedos esculcando mi pelo y desechando las hojas secas del parque.

Pero tengo miedo, Paloma, miedo de encontrar la carrilera de un tren que no lleva a ninguna parte como dice la canción, miedo de tu narración furtiva, miedo de la oscuridad y el deseo escondido mientras me cuentas que James Dean regresa con su motocicleta y su chaqueta de cuero y sus medias rojas.

Mañana, Alan Ladd se montará en su caballo y le dirá adiós al muchachito después de pasarle la mano por el pelo y escuchará, con un sol rojo en el fondo, cuando el niño le grite Shane. Mañana Alain Delon se vestirá otra vez de samurái cuando descubra su pajarito muerto en la jaula y París se vuelva todo Magritte. Mañana Sofía Loren se morirá tosiendo. Mañana Woody Allen se despertará después de un sueño de trescientos años. Mañana Marcelo se esconderá bajo la mesa y se pegará un tiro.

No sé si estaré ahí, en la fila de atrás, para compartir tantos gritos, gestos, caricias, heridas y lágrimas.

No sé si te siga llamando Paloma, no sé, no sé, no sé, no sé...»

Índice

Prólogo 7

Cuentos 19

Danza húngara número cinco 21

Un etcétera: un centavo 29

No hay moscas en el cordero de dios 37

Libertad de canción bajo la lluvia 41

Perdóname, Paloma, no lo volveremos a hacer 55

Retrato de una señora rubia durante el sitio de Toledo 65

Margaux a las cinco de la mañana 81

Coda.

El oficio de escritor 93

Epílogo.

El silencio del Tigre. *Roberto Burgos Cantor* 101